

dero del gran Jorge Manrique, está con el pueblo y no con los verdugos. El filósofo Ortega y Gasset, que había vacilado mucho, ha vuelto la espalda a los bandidos en esta hora decisiva. Ramón Gómez de la Serna ha declarado que está dispuesto a luchar al lado del pueblo. El joven poeta Rafael Alberti, al que unos campesinos libraron de la horca de los "defensores de la cultura", lucha valientemente contra los de galones de oro. Los escritores se apartan de usted, y se ha quedado usted con los civiles, que en otro tiempo le llevaban a la cárcel y que ahora estrechan la mano del fascista Unamuno.

Decía usted antes: "No han hecho nuestros abuelos a España con la espada, sino con la palabra". Defendía usted su derecho a la neutralidad. Pero ha llegado un día en que ha entregado usted para espadas el dinero que le dieron las palabras. Yo soy también escritor; pero sé que los hombres conquistan la felicidad con palabras y con armas. No nos escondemos tras un razonamiento poético; hemos escogido nuestro lugar. Ya no hay en la lucha escritores "neutrales". El que no está con el pueblo, está contra él; el que habla hoy de arte puro pondrá mañana monedas en la mano ensangrentada de un ge-

neral. El odio necesita alimento, como el amor. Su ejemplo, Unamuno, no se perderá.

Recomienda usted al presidente Azaña que ponga fin a su vida. El presidente Azaña está en su puesto, como todo el pueblo español, como las muchachas de Barcelona, como los ancianos de Andalucía. No le diré a usted, Unamuno, que se suicide para corregir así una página de la historia literaria española. Se suicidó usted ya el día en que entró al servicio del general Mola. Se parece usted físicamente a Don Quijote y quiso hacer su papel: desterrado, sentado en la Rotonde, encaminaba usted a los chicos españoles a la lucha contra los generales y los jesuitas. Ahora matan a aquellos chicos con balas que permite comprar su dinero. No, no es usted un Don Quijote, ni siquiera un Sancho Panza; es usted uno de aquellos viejos sin almá, enamorados de sí mismos, que sentados en su castillo veían cómo sus fieles servidores azotaban al malaventurado caballero.

Ilya EHRENBURG

Paris, 21 de agosto. ("Pravda".)

LOS FUGITIVOS

(DEL FRENTE DE CORDOBA)

(Conclusión.)

En la ciudad española, que por su desgracia se ve hoy enfangada, hasta el punto de ser gobernada por una roña, por un Cascajo repugnante, habitaban hasta el día 28 de agosto Rafael Urbano, Francisco Jurado, Manuel Jurado, su primo, y Modesto Herrera. El primero pertenecía a las J. S. U., y los otros tres, a la C. N. T., siendo Modesto Herrera el secretario del Sindicato Agrícola de dicha organización.

Todos vivían en el mismo barrio; todos se conocían. Todos igualmente sabían lo que significaba el claxon de un automóvil sonando por su calle: registros, detenciones de los que no habían andado listos para esconderse y fusilamiento posterior de estos detenidos. Pero además, a Modesto Herrera, por ejemplo, se le buscaba ahincadamente, reiteradamente. Por eso no es de extrañar que cuando, siempre con algún compañero vigilando, se reunían para cambiar impresiones, se pusieran rápidamente de acuerdo en los planes de defensa inmediata y en los posteriores de lucha decidida para incorporarse a la lucha.

Pero para darse cuenta exacta de lo que más abajo voy a contar es preciso saber que las casas en que habitaban éstos camaradas (a quienes por las calles, como a todo el mundo, les habían obligado a ponerse una banderita monárquica y un corazón de Jesús en el pecho) están en una calle paralela a la dirección del río; que forman la última

fila de casas y que, por fin, todas ellas tienen una puerta a la calle y otra trasera que da a un corral, y éste, al río.

Ya se sabe: "Casa con dos puertas, mala es de guardar". Y claro, como estos camaradas estaban siempre atentos, vigilantes, inmediatamente que sonaba alguna bocina por las calles próximas, cuando se acercaban por la suya grupo de fascistas armados y, en definitiva, cuando había algún motivo de alarma, cada uno por su casa, por la puerta trasera, se iba al río y allí esperaba, dentro de él, en el agua, a que le avisara alguien que ya se habían marchado.

Unas veces era de día, otras, de noche. Últimamente de día y de noche se presentaban a buscarlos. Aparte de esto, cada día era más difícil hablar entre ellos, ya que entrar en una casa que no fuera la propia, pararse un momento en la calle con un compañero, etc., significaba en Córdoba, cada día más, pena de muerte; cuando menos se piensa, desde un balcón, una torre, etc., una descarga cerrada hace saber a los obreros prácticamente lo que ha llegado a significar el grito "¡Viva España!"

Ante todo esto (y ante más cosas, a que en Córdoba se fusila a la gente por coger la Prensa que tiran nuestros aviones, por un comentario de lo grandes que son nuestras bombas, etc.), Francisco Jurado, Manuel Jurado y Modesto Herrera se pusieron de acuerdo para escaparse de Córdoba como fuese. Rafael Urbano, por su parte, había hablado el

día anterior con otro compañero y estaba igualmente decidido a marcharse en la primera ocasión. Toda la noche la pasó agitadísimo, pensando en esto, y a la mañana siguiente pidió a su mujer la ropa y le dijo: "Si a la noche no he venido, no me busques".

Modesto Herrera, hijo único de ya ancianos padres, viejos militantes de la C. N. T., también habló con ellos antes de marcharse; expresó sus propósitos de fuga, por qué de otro modo estaba expuesto a que en cualquier momento lo cogiesen "sin hacer nada". Su padre, entonces, como en nuestra buena tradición popular, le aconsejó: "Antes que morir aquí, vete y muere luchando contra los fascistas".

A la madrugada echaron a andar, uno por su lado y los tres por el suyo. Y al cruzar el río por una parte que es posible hacerlo a pie, se encontraron y siguieron ya juntos hasta Los Visos—ya habían tirado en el río la banderita y el "corazoncito"—, donde encontraron a nuestros primeros soldados, quienes, casi en brazos, hubieron de llevarlos a la Comandancia, en Torre Cabrera, porque, "como ya estaban a salvo, pues claro, no podía más".

Hoy los cuatro, en Montoro, asedian al comandante Bernal para que "los eche" con las Milicias o con el Ejército, pero que puedan ir hacia "allá".

Arturo SERRANO PLAJA

Alvarez del Vayo, ministro de Estado

Julio Alvarez del Vayo, miembro del Comité Central de la Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, ha sido nombrado ministro de Estado. Nuestro amigo, nuestro compañero sabrá llevar a la diplomacia española el sentido justo de lo que España desea y necesita. Los tiempos nuevos exigen hombres nuevos, y esa garantía es la que nos da ampliamente el nombramiento de Julio Alvarez del Vayo.

